

Francesc-Marc Álvaro

Seguirá ardiendo

Los gobernantes quieren volver a reformar el Código Penal para frenar la actividad de la guerrilla urbana –es más exacto que hablar de vándalos, gamberros o antisistema– que ha hecho de Barcelona el escenario de sus representaciones y el confortable santuario de sus miembros locales y extranjeros. Soy escéptico sobre la concreción final de este endurecimiento y sobre su eficacia en caso de llevarse a cabo. Y soy contrario a modificar derechos básicos como el de reunión. Además, está el riesgo de que la presión anunciada sobre este movimiento destructivo acabe convirtiendo en mártires a sus elementos y que el poder público se vea superado –eso ya pasa desde hace tiempo– por la oleada de victimismo sistemático que acompaña todas las detenciones que tienen lugar a raíz de jornadas de violencia extrema como la del pasado día 29. Los hechos demuestran, desgraciadamente, que las fuerzas policiales no controlan, mediante operaciones de inteligencia, un fenómeno que crece, que es cada vez más agresivo y que disfruta de varias complicidades directas y difusas.

¿Por qué la capital de Catalunya se ha convertido en el parque temático de una guerrilla urbana que desafía las instituciones democráticas y que actúa con una impunidad extraordinaria? Estos días, muchos expertos han hablado del malestar que genera la crisis económica para explicar la razón de ser de este movimiento destructivo. Como si la guerrilla urbana no hubiera existido en Barcelona antes de los recortes presupuestarios o la reforma laboral y no llevara años arraigando con total comodidad, mientras las autoridades han dejado hacer. Esta violencia juvenil de cara tapada y móvil en mano sería, según el diagnóstico más aceptado, el síntoma más alarmante de una enfermedad social de gran alcance. Un acceso de fiebre. Frunzo el ceño ante este salto argumental que conecta directamente el malestar con la piromanía. Pienso, como Hannah Arendt, que las metáforas orgánicas no hacen nada más que

animar los disturbios “porque los glorificadores de la violencia podrán recurrir al hecho innegable que, a la hora de conservar la naturaleza, la destrucción y la creación no son nada más que las dos caras de todo proceso natural”. No es casual que el fuego fascine tanto a esta gente, es el elemento que destruye con más eficacia y que, a la vez, purifica. El mundo que vivimos –antes de la crisis y ahora– no se puede reformar, debe ser hundido y purificado, todo debe arder. El cartel de un partido extraparlamentario que llamaba a la huelga general mostraba una caja de ceri-



JOMA

llas como símbolo. Ellos son los puros, los salvadores, los héroes de la barricada. Todo esto es muy rancio y muy primario, como el anarquismo de hace cien años. Pero se difunde a gran velocidad.

El hecho de que Barcelona sea una ciudad que se pretende de izquierdas, progresista, comprometida con todos los oprimidos de la Tierra y solidaria con las causas más emblemáticas debería impedir que la guerrilla urbana prendiera fuego cada dos por tres. Aquí los jóvenes puros de mecha y piedra fáciles han encontrado calor y comprensión, incluso la adhesión de una antigua teniente de alcalde ecosocialista que se declaraba antisistema sin bajar del coche oficial. Pero lo cierto es que esta lógica no funciona y la guerrilla urbana planta cara donde lo tiene más fácil.

Una explicación interesante la da el pensador Slavoj Žižek, un brillante teórico marxista que no debe ser muy extraño a los líderes de este movimiento. Él considera que el gran enemigo a abatir para el auténtico revolucionario es la figura del *comunista liberal*, que nosotros llamaríamos *pijoprogre*, porque encarna las estrategias hipócritas de un Occidente que, desde la indignación moral, simula actuar urgentemente sobre los daños globales pero que, en realidad, “no te deja tiempo para pensar”. Un ejemplo que el autor esloveno cita de esta actitud es la cadena

Starbucks –¿les suena?– por haber hecho una campaña según la cual “con cada taza de café que tomabas, salvabas la vida de un niño” de Guatemala.

No hay duda de que, en Barcelona, la actitud *pijoprogre* y sus imaginarios especiales, sólo superado en Europa por sus homólogos de París. De *comunistas liberales* o *pijoprogres* hay un buen puñado entre las élites locales y eso –según parece– provoca la rabia de los puros. A cambio, los *pijoprogres* de Barcelona tratan de entender en todo momento los motivos de estas criaturas extraviadas y, por si acaso, sospechan siempre de la policía. La manera como nuestra sociedad considera los servidores del orden público democrático y sus

acciones no ayuda precisamente a resolver estos complicados fenómenos.

La violencia es atractiva. La violencia ejercida con impunidad todavía lo es más. Y la violencia impune, multiplicada por los medios y aliñada con retórica pseudo-revolucionaria es una experiencia única. La guerrilla urbana ha conseguido lo que quería: reconocimiento mundial. Cada ocasión de salir a reventarlo todo es un gran videojuego. Cada batalla con los antidisturbios es un reto que puntúa. Cada paisaje de destrucción es una victoria. Barcelona parece a punto de rendirse. La ciudad seguirá ardiendo. Sólo hay una solución y pide poco ruido: inteligencia, inteligencia y más inteligencia.●

www.francescmarcalvaro.cat

Pilar Rahola



Los culpables ideológicos

Xavier Rius, autor de un libro imprescindible, *Contra la Barcelona progre*, puso en su e-noticias este titular, a raíz de los actos violentos de estos días: “Todo empezó entonces”. La noticia iba acompañada de la foto de Imma Mayol, quien en su entrevista del 2007 con Cuní, dijo que era “un poco antisistema”, eso sí, una antisistema con coche oficial... Y en la misma entrevista defendió a los okupas, dijo que penalizarlos alimentaba la violencia y que de ahí nació “el mal rollo” de estos colectivos. Lo que Mayol consideraba “mal rollo” ya era, por aquel entonces, una larguísima lista de actos violentos, algunos de los cuales habían dejado sangre por el camino. Por ejemplo, el guardia urbano casado y con dos hijos que quedó en coma después de un altercado con esos amigos de la *okupación*. Mientras tanto, la Barcelona de Mayol se iba llenando de antisistemas de todos los países, encantados del paraíso barcelonés, donde los Mossos eran los malos y los revolucionarios con pasamontañas y barra de hierro eran los buenos. “Juventud comprometida”, le había llamado al-

Los Mossos eran los malos y los revolucionarios de pasamontañas, los buenos

gún ideólogo de la llamada por Joan Saura “izquierda inteligente”.

Y así durante años, anteriores y posteriores a las lindezas de Mayol, algunos líderes del *pijoprogresismo* fueron alimentando la idea de que los que se manifestaban eran buenos por sistema, los policías eran represores por sistema, y el sistema era, por sistema, una maldad intrínseca. Eternos nostálgicos de sus adolescencias contra los grises, algunos de estos se convirtieron en los ideólogos más reaccionarios de la izquierda. El suma y sigue dio para todo, dinero público para oenegés amigas del partido, fobias ideológicas del estilo *muerá Israel*, demonización obsesiva de los Mossos, críticas a las leyes que penalizaban la violencia antisistema, etcétera... Y así hemos ido gestando una sociedad incapaz de reprimir la violencia de esta naturaleza, hasta el punto de que ni tan sólo hemos conseguido que los culpables de la vergonzante violencia del Parlament hayan tenido castigo. No sólo eso, sino que algunos ínclitos de IC los han defendido, cuajando la idea de que la violencia antisistema era impune y que todo valía si se hacía desde el rincón izquierdo del ring. Y al final pasa lo que pasa, que estamos llenos de antisistema, que somos un ejemplo internacional de violencia callejera y que tenemos unas leyes de Bambilandia para luchar contra el Bronx. ¿Qué todo esto va a cambiar? Pues ya era hora, porque llegamos tarde a todo. Tarde a entender que una sociedad libre protege y ampara tanto como reprime, si ello es necesario para defender las libertades ciudadanas. Y tarde para entender que en cuestiones de violencia, la extrema derecha y la extrema izquierda son hermanas gemelas, aunque afirmar sea un pecado de lesa progresía. ¿O que no está claro que ambas se encuentran en el odio a la democracia?●

Rafael Andreu y Josep M. Rosanas

¿Empleos para toda la vida?

La consigna de hoy: olvidarse de empleos para toda la vida; las nuevas reglas económicas no lo permiten, es anticuado. Incluso Mario Monti sugiere que empleos así son aburridos. ¿Estamos de acuerdo? Puede ser que en estos tiempos interese cazar cualquier empleo e ir a por otro cuando acabe; lo contrario conduce al paro. Eso agrada a ciertos empresarios: si nadie espera empleos de larga duración, notarán menos riesgo ofreciendo contratos así.

Si entramos en este juego porque un empleo fijo resulta aburrido, es culpa de la dirección de la empresa. Un trabajo rutinario, sin aprendizaje ni mejora, es aburrido. Si esto ocurre puede afirmarse que el equipo directivo gestiona mal. Una fun-

ción importante de la dirección es procurar que las personas se desarrollen. Si no lo hace está fallando en este tema y a la vez en competitividad: mantenerse competitivo exige aprender y mejorar.

Seguir la consigna a rajatabla despilfarrará aprendizaje. Nadie encaja del todo en un empleo el primer día. Excepto en trabajos poco especializados que aportan poca competitividad si su coste no es muy bajo. Para crear valor sólidamente hay que aprender, sobre todo, en tareas que distinguen competitivamente a la empresa (en tal caso no pueden aprenderse en otro sitio).

Y aprender toma tiempo. ¿Cuadran los plazos? ¿A qué ritmo deberemos aprender para ser competitivos si sólo empezamos pensamos en el siguiente empleo, con un afilado currículum en ristre? ¿Qué pondremos en él? ¿El entorno económico se

mueve tan rápido que nunca podremos seguir su ritmo para aprender a competir montados en la última ola de progreso? Vemos relativamente poco de este frenesí; al fin y al cabo, el progreso es también causado por humanos, a su ritmo.

Aunque a corto plazo haya que subirse al primer empleo que pase, pues pasan pocos y los que pasan son de corto recorrido, empleos así no bastarán para superar la crisis. ¿Cómo innovar –otra gran consigna– así? Cuando la crisis afloje y la precariedad laboral sea menor, olvidar la primera consigna puede venir bien. A unos porque tendrán un entorno profesional estable, donde aprender con más sosiego; a otros porque con talento más consolidado podrán construir ventaja competitiva y hacer prosperar las empresas. Quizá la consigna sea también un poco precipitada.●